

La Capilla siXtina

TORTILLA A LA ESPAÑOLA

Recientemente se han producido importantes acontecimientos culturales en el país. Suelo preocuparme ya sólo por los que me divierten, y considero que el más sugestivo de todos ha sido el discurso del señor Muñoz Alonso, nuevo rector de la Complutense. El señor Muñoz Alonso, autor de varios libros y, si no me equivoco, de uno titulado «La cloaca de la Historia», tiene un verbo ya famoso y que en otras ocasiones he glosado en mi capilla o para mi capote. Se despachó a su gusto el señor Muñoz Alonso en el discurso protocolario, y demostró algo que yo siempre había sospechado: un innato talento poético, malgrado por la dedicación docente y política.

Pero no terminan los placeres derivados del acto en la poesía hermética de Muñoz Alonso. El acto ha tenido prolongaciones y nuevamente servidas por la literatura, como oportuna Beatriz que suele acompañar por la Gloria a los políticos españoles. Una de las prolongaciones del acto ha sido el artículo publicado en «Nuevo Diario» por Giménez Caballero, un plumo de primer categoría, resultado del mejor literario del período de entreguerras. Masculino tanto porque conozco la aversión que el señor Giménez Caballero siente hacia las palabras femeninas, aversión que le ha llevado a sostener que prefiere Falanjo y no Falanje.

Desde que ha vuelto, Giménez Caballero está empeñado en demostrarnos que «quien tuvo, retuvo». A pesar de los años, Giménez Caballero, profeta de la literatura épico-imperial que tanta gloria cultural nos ha dado, mantiene el espíritu joven, muy joven, adolescente en ocasiones, en otra incluso revestido de esa pureza que sólo consiguen los niños puros, que no son todos, porque hoy día hay mucho vicio y mucho cachondeo maligno en toda la escala biológica. Giménez Caballero ha escrito a propósito del discurso de Muñoz Alonso que la solución para los problemas de la actual universidad española consistiría en reagrupar a las juventudes universitarias en: «... una obligatoria prestación societaria que las salve su moral personal, infestada de "gran ciudad", y su reintegración

a la tierra (es decir, a la Patria) y, sobre todo, su regeneración religiosa de "amor al prójimo", al hermano depauperado y hambriento, al "tercermúndico". Y esto mediante participaciones laborales, especialmente agrarias, aparte de otras también abnegadas hacia la civilidad del ocio, en que ese ocio deberá ser espiritualizado y hasta santificado...».

Lo que el señor Giménez Caballero propone se parece bastante a la revolución cultural china, aunque también podría parecerse a la triquiñuela de las comunas israelitas, montadas como escaparate socialista y avanzando de un país, en realidad, copado por el capitalismo norteamericano. Nos sorprende en el señor Giménez Caballero su lógica, paralela a la «revolución cultural» o la estrategia del sionismo.

En España se está manifestando una aguda crisis, en algunas notas, equivalente a la que padece todo Occidente, en otras, cargada de peculiaridad y en otras coincidente con una crisis universal que comprende por igual a occidentales, orientales y cosmonautas. Esta crisis «universal» es la derivada del divorcio entre poder y conducta popular; la derivada de la falta de una auténtica participación, de una auténtica comunicación. Esta crisis ha sido un resultado positivo del crecimiento cuantitativo de los críticos y concienciados, capaz de poner en cuarentena cualquier elitismo de la política, la cultura o el bienestar.

Ahora bien, resolver este desafío cósmico por el expediente de la mística es algo así como apagar fuegos con gasolina. Cuidado. Ya presumimos que la gasolina mística, con la que el señor Giménez Caballero quiere apagar el fuego universitario es de la que no se inflama. Es una gasolina tan sintética, tan sintética que es agua. Predicar una cruzada de «socialización de la juventud» en un país en el que cada vez son más las fuerzas sociales determinantes, empeñadas en un irreversible proceso neocapitalista, es como condenar al franciscanismo a los criados de Rockefeller, sin decirle ni pío a Rockefeller.

Giménez Caballero, genio y figura hasta la sepultura.

SIXTO CAMARA

Economía

EL "AFFAIRE" SCHWEITZER

El Fondo Monetario Internacional abrió sus sesiones en el hotel Sheraton, de Washington, bajos los efectos de una gran explosión: a raíz de una gestión sin precedentes del secretario americano del Tesoro, George Schultz, director general del FMI, el francés Pierre-Paul Schweitzer es invitado a presentar la dimisión. En principio debería abandonar próximamente un cargo cuyo mandato expiraría normalmente en otoño de 1973.

El Gobierno americano reprocha a Schweitzer el haber minado su dispositivo de defensa pronunciándose abiertamente a favor de una devaluación del dólar con motivo de la crisis del año pasado. También le acusa de no haber tenido suficientemente en cuenta el punto de vista de Washington a la hora de elaborar el informe presentado al FMI en la primera sesión. El Gobierno americano hizo saber a Schweitzer que ya no gozaba de su confianza. Desautorizado por la primera potencia mundial, Schweitzer difícilmente podía conservar la dirección del FMI, que hasta entonces había funcionado bajo la égida del consenso unánime de sus principales miembros.

El intento de expulsión del director general de FMI es tanto más insólito cuando que éste había manifestado siempre una gran independencia como funcionario internacional desde su acceso a ese cargo de alta responsabilidad en 1963. En 1967, esta actitud de independencia hizo que recayeran sobre él las iras de Michel Debré, entonces ministro de Hacienda francés, quien le reprochó el que

sostuviera las tesis americanas relativas a los «derechos especiales de tirada», a los que se oponían tanto el ministro como el general De Gaulle.

La ofensiva del Gobierno de Washington en el FMI no constituye ningún fenómeno aislado, sino que se manifiesta, bajo otras formas, en todos los grandes organismos internacionales y especialmente en las Naciones Unidas. En vísperas de las elecciones presidenciales, la Casa Blanca multiplica sus intervenciones nacionalistas para demostrar a la opinión interior del país que Nixon no hace regalos así como así.

En el terreno monetario, la intervención del secretario del Tesoro resulta tanto más curiosa cuanto que los americanos no tenían ningún candidato oficioso a la sucesión de Pierre-Paul Schweitzer. Este podía ser sustituido, llegado el caso, por Jelle Zillstra, gobernador del Banco de los Países Bajos, o por Ossola, número 2 de la Banca de Italia. Dicha intervención ha suscitado además un vivo descontento entre los numerosos partidarios con que cuenta Schweitzer y, sobre todo, entre los representantes del Mercado Común y del Tercer Mundo, a quienes les gustaría ver prolongado el mandato de Schweitzer. Los franceses han tratado, sin embargo, de evitar un enfrentamiento directo con los americanos por no perjudicar las relaciones entre los dos países.

De hecho, los intentos de Washington tendentes a derrocar a Pierre-Paul Schweitzer no constituyen un caso aislado, sino que for-



man parte de una ofensiva promovida en todos los frentes, lo mismo en el terreno económico que en el monetario, y basada en el lema de «America first» (América primero). Por ejemplo, mister Burns, presidente del Federal Reserve Board, declara: «Los Estados Unidos mantendrán las tasas de interés lo más bajas posible. Las recomendaciones del FMI no servirán de nada». En el mercado del oro, cuyo descenso desean ardentemente, los americanos quieren marcar tantos con la ayuda, voluntaria o no, de Leónidas Brejnev.

Hace dos semanas, Washington vio con alegría el brusco descenso experimentado por el mercado del oro en Londres, descenso que llegó a ser de casi un 10 por 100 en una sola sesión y que fue motivado por el anuncio de ventas de ese metal por parte de Moscú. Dichas ventas, por un valor total de dos mil millones de dólares, estaban destinadas a financiar diversas operaciones de compra de cereales en Estados Unidos y Canadá. El anuncio coincidió con la publicación de un curioso estudio del Moscow Narodny Bank de Londres, sucursal del Gosbank moscovita, según el cual el precio del oro en el mercado libre estaba sobrevalorado en un 20 ó 30 por 100. Cuando se tiene en cuenta que el Gosbank había suspendido todas sus ventas de oro en los mercados occidentales varios años atrás a fin de especular al alza es lícito preguntarse por las razones que han inspirado tal cambio de política. ¿Constituye la reanudación de las ventas de oro soviético un «soberano» regalo de Brejnev a Nixon dentro del marco de un regateo político-financiero a escala planetaria?

El regalo no impidió, sin embargo, que algunos días después volviese a subir el precio del oro; los operadores habían demostrado con ello su escepticismo. Ellos sabían, en efecto, que la Banca Comercial para Europa del Norte, otra filial, francesa esta vez, del Gosbank, dispone de abundante liquidez que le permite participar en unión de bancos franceses en la financiación de importantes operaciones, no sólo en Francia, sino también en España (ferrocarriles) o en América del Sur. Esta banca podría, pues, reunir fácilmente los mil millones de dólares necesarios para financiar las importaciones de trigo americano, evitándole a Moscú el tener que vender su oro a bajo precio.

Sea como fuere, parece que la durísima táctica recientemente adoptada por Washington en el tablero monetario internacional puede dar sus frutos. En el mercado de divisas, el dólar se recupera de modo apreciable después de haber estado durante meses en su más bajo nivel de cotización. En los medios financieros suizos se habla de un reflujo de capitales en dirección a Estados Unidos, donde se acelera la recuperación económica al tiempo que disminuye el déficit de la balanza comercial gracias al aumento en el volumen de ventas a los países del Este. ■ JACQUES MORNAND.



«Esta política cabría calificarla de política de la fantasía», por Frank Sinatra.

A las once y un minuto de la mañana del 18 de julio entré en el gran auditorio del Cannon Office Building, de Washington, para prestar declaración ante un grupo denominado Comité Selecto en torno al crimen. La sala estaba completamente abarrotada de gente; todas las filas detrás de mí habían sido vendidas. También estaban presentes en su totalidad los miembros del Comité Congresista, acontecimiento que sólo se produce raras veces.

Los detalles de lo allí ocurrido han aparecido en la prensa: un aburrido interrogatorio en torno a una pequeña inversión que realicé hace ya más de diez años en una pista de carreras; sobre si conocía o no a determinados personajes, supuestamente relacionados con el mundo del crimen; sobre si yo había sido alguna vez oficial de la pista de Berkshire Downs, etc. Con la ayuda de mi abogado, que aportó ciertos detalles que yo había olvidado con el paso del tiempo, contesté a todas las preguntas que se me formularon lo mejor que pude. Aun en el supuesto de que el Comité necesitase toda esa información, resultaba evidente para la mayoría de los allí reunidos que el asunto podía haberse resuelto en la intimidad de un despacho de abogado, sin necesidad de tanto bombo y platillos.

Pero hay ciertas cuestiones en todo este asunto que son de interés para todos. La más importante es el derecho de un ciudadano particular de este país cada vez que se enfrenta con la enorme maquinaria del Gobierno central. En teoría, los Comités de Investigación del Congreso son mecanismos dedicados a la búsqueda de datos que pueden conducir a procesos legislativos. En la práctica, sin embargo, como pudimos comprobar durante el triste período de Joe McCarthy, estos comités pueden convertirse en cámaras de estrellas en las que los «hechos» se confunden fácilmente con simples rumores o chismes, y en las que se hunden a veces reputaciones o se hacen trizas personalidades en presencia del mayor público posible.

En mi caso particular, se permitió que un asesino convicto me calumniase frente a las cámaras de televisión. Sus viciosas fantasías llegaron, a través de la televisión, a millones de hogares americanos, incluido el mío. Es verdad que se me brindó la oportunidad de refutar sus afirmaciones, pero, como todos sabemos, la acusación se queda siempre más fácilmente en la memoria de la gente que la defensa. En cualquier caso, un

ciudadano americano, por famoso o desconocido que sea, no debería verse obligado a defenderse de acusaciones sin fundamento, y ningún Comité del Congreso debería convertirse en un foro donde se vierten basuras que no serían admitidas en un Tribunal ordinario.

A lo largo de los años he llegado a adquirir cierta fama y celebridad, y esa es una de las razones por la que se especula y se cotillea tanto a costa mía. Esto es algo que les ocurre a muchas estrellas. Pero en mi caso particular es más complicado porque mi nombre acaba en vocal. Hay en este país una cierta gatzmoñería por culpa de la cual mucha gente en otros sentidos decente, incluidos numerosos liberales, tiende a creerse las historias más obscenas siempre y cuando estén relacionadas con alguien que tenga un apellido italo-americano. Esta gente parece necesitar cierto tipo de fantasía, necesitan creerse que si a un animador le presentan a alguien en un «night-club», los dos van a hacerse amigos íntimos inmediatamente. Pero una cosa es ver una fantasía en una pantalla cinematográfica y luego, terminada la proyección, volverse tranquilamente a casa, y otra muy diferente asistir a una fantasía relacionada con personas de carne y hueso, porque en este caso la palabra «fin» no existe. Esos seres de carne y hueso han de seguir viviendo con sus amigos, su familia y sus socios en el mundo real.

Esta política cabría calificarla de política de la fantasía. Sentado a aquella mesa, el otro día me preguntaba a mí mismo si era por simple accidente por lo que había sido llamado a Washington en pleno año electoral, un año en que a los congresistas les resulta siempre difícil aparecer en los periódicos debido a la concentración de toda la prensa en la carrera presidencial.

Sentado a aquella mesa me preguntaba si la gente en América era consciente del peligro que entrañaba aquel proceso. Se me había desposeído de mi derecho a la intimidad; se me había obligado a defenderme en un lugar que no era siquiera un Tribunal. Y no era un problema que me concerniese a mí exclusivamente. Si algo así podía ocurrirme a mí, ¿no podría ocurrirle a todo el mundo, incluso a aquellos que no tienen posibilidad de defenderse adecuadamente? Espero que muchos americanos comiencen a pedir a sus representantes, tanto en el Gobierno como en los medios informativos, que discernan entre fantasía y realidad y que acaben de una vez para siempre con tanta tontería.